

Recibido: 3/10/2014
 Aceptado: 29/10/2014

El concepto de realidad en psicoanálisis. Autores argentinos

Samuel Arbiser

APdeBA

RESUMEN

El autor aborda el tema del título acotando un sector de psicoanalistas argentinos que mostraron una postura original, diferente de las posturas tradicionales en la concepción del hombre y su relación con el contexto sociocultural, es decir con la realidad. Son aquellos que siguieron y perfeccionaron las ideas de Enrique Pichon Rivière; a saber: M. y W. Baranger, José Bleger y David Liberman. El autor, en el intento de reforzar la verosimilitud de sus afirmaciones, pretende ilustrar lo medular del pensamiento de esos pensadores apoyándose (quizás por demás) en citas textuales de los mismos. En una sucesión de secciones incursiona, primero en la intención de desbrozar el sentido de su particular 'Concepción del hombre'. Luego sigue la sección 'Psiquis y realidad'. Su articulador: el Grupo Interno'. Continúa con 'La realidad en la situación analítica como campo dinámico y La definición operativa de la transferencia', más adelante trata de diferenciar la 'Realidad perceptual y la lectura de la realidad' proponiendo la noción de 'juicio crítico'; y finalmente aborda el tema de la salud y enfermedad en términos de 'Adaptación a la realidad'. Además, el

ABSTRACT

The author approaches the theme of the title limiting his examination to a sector of Argentine psychoanalysts which assumed an original position that was different from traditional standpoints of the conception of Man and his relationship with the sociocultural context, that is, with reality. He refers to those analysts who followed and perfected the ideas of Enrique Pichon Rivière, namely: M and W Baranger, José Bleger and David Liberman. The author falls back on (and perhaps too much so) actual quotations from these thinkers in order to back up his assertions illustrating what he feels is the core of their thought. In a series of paragraphs, he first attempts to tackle an unraveling of the sense in their particular 'Conception of Man'. There then follows the section titled 'The Internal Group as a Link between the Psyche and Human Reality' and he continues with 'Reality in the Analytic Situation as a Dynamic Field and the Operative Definition of Transference'. The author then moves on the section attempting to differentiate 'Perceptual Reality from the Reading of Reality', suggesting the notion of 'critical judgment', and finish-

autor quiere resaltar la coincidencia del pensamiento psicosocial de estos pensadores psicoanalíticos con los resultados de la neurociencia moderna en la cita de A. Damasio. Y, a través del comentario de un psicoanalista relacional contemporáneo, acentuar la anticipación en el tiempo de estos autores argentinos a los debates actuales del psicoanálisis del siglo XXI.

es off looking at the theme of health and illness in terms of 'Adaptation to Reality'. Besides, the author highlights, through a quotation by A. Damasio, the coincidence of psychosocial thought of these psychoanalytic thinkers with the results of modern neuroscience. Furthermore, by way of an observation by a contemporary relational psychoanalyst, the author shows us how these Argentine authors anticipated debate currently taking place in the Psychoanalysis of 21st century.

DESCRIPTORES: REALIDAD – VÍNCULO – PORTAVOZ – GRUPO – MUNDO INTERNO

KEYWORDS: REALITY – LINK - SPOKESPERSON – GROUP – INTERNAL WORLD

El concepto de realidad en psicoanálisis. Autores argentinos

Del conjunto de la rica y variada producción científica del psicoanálisis argentino, en este artículo me voy a ocupar, para abordar el concepto de la realidad, de un grupo de autores que de alguna manera adoptaron, siguieron y desarrollaron –con sus inevitables matices diferenciales– las ideas originales de Enrique Pichon Rivière. Con este objetivo, sustentándome en mis propias opiniones, me referiré preferentemente, además de este autor, a José Bleger, a Madeleine y Willy Baranger y a David Liberman. Esta corriente del pensamiento psicoanalítico, que incluye muchos más cultores que los nombrados, reactiva el interés actual en tanto muestra su vitalidad y vigencia en el concierto del amplio y heterogéneo desarrollo de psicoanálisis contemporáneo mundial, como lo señala más adelante Jay Greenberg.

Concepción del Hombre

En un esfuerzo de destilar el común denominador que defina la mencionada originalidad de estos pensadores, me animaría a afirmar que lo que los caracterizaría es su 'concepción del Hombre', notoriamente diferente de la tradicional.

Concepción que podría denominarse laxamente como enfoque ‘psicosocial’. Atendiendo a lo que este enfoque pretende destacar se podría enunciar que el Hombre, en contraste con los demás seres biológicos que habitan en el ecosistema de la naturaleza, es decir el mundo de la realidad ‘dada’ de la naturaleza; el Hombre -repito- vive además en el ecosistema sociocultural; y dicho ecosistema es su peculiar realidad, que podemos denominar ‘realidad humana’; una realidad ‘no dada’, sino ‘construida’ por el mismo Hombre, y por eso, constitutiva e insalvablemente imperfecta. Imperfección que la hace perfectible, y de este modo, se genera su peculiar dinámica hacia una perfección imposible de alcanzar. Justamente, para poder lidiar con esa realidad humana el *homo sapiens* necesita contar con un psiquismo, de superlativo desarrollo, órgano virtual encargado -en definitiva- de los intercambios entre el organismo y esa complejísima y ‘humana’ realidad; y, por consiguiente, lo que en el mundo animal es resuelto mayormente por su dotación instintiva, en el hombre debe resolverse a través de extenso aprendizaje¹ siempre insuficiente e infinitamente diverso. Aprendizaje que implica el desarrollo psicosexual de cada persona y su preparación para enfrentar las peripecias de la vida. Insuficiencia y diversidad que explican las indisolubles diferencias entre los seres humanos mismos y también su inevitable vulnerabilidad psíquica. Pero, si bien este enfoque, que califico de original de los psicoanalistas citados, contiene peculiaridades propias y locales, tampoco pueden desconocerse los decisivos antecedentes de similar pensamiento -superador de una visión monádica clásica- en autores psicoanalíticos de otras latitudes como S. Ferenczi y D. W. Winnicott, entre muchos otros, especialmente aquellos pertenecientes al *middle group* británico; así como tampoco dejar de sorprenderse por la anticipación de nuestros autores a los posteriores desarrollos que las neurociencias modernas ahora sostienen y confirman desde el campo de las ‘ciencias duras’ como lo expone el prestigioso neurocientista Antonio Damasio (1996) cuando escribe:

El genoma humano especifica con gran detalle la construcción de nuestro cuerpo, incluyendo el diseño global del cerebro, pero no todos los circuitos se desarrollan ni trabajan activamente como lo

¹ Recordar la frase de Freud (1930,p.130, nota al pie): “[...] cuando se lanza a los jóvenes en medio de la vida con una orientación psicológica tan incorrecta, la educación se comporta como si dotara a los miembros de una expedición al polo de ropas de verano y mapas de los lagos de Italia Septentrional”. Aunque en este contexto se trata de un aprendizaje en un sentido más amplio que el escolar o académico.

fijaron los genes. Gran parte de la circuitería cerebral es **individual** –en cualquier momento dado de la vida adulta– es única y refleja auténticamente la **historia y circunstancias** del organismo; [...] (p. 288) (resaltado mío)

Y agrega, más adelante:

[...] todo organismo humano opera en **colectivos de seres similares**; la mente (y conducta) de los individuos pertenecientes a esos colectivos, al operar en **medios culturales** y físicos específicos, no sólo se moldea por la acción de los genes. Para entender satisfactoriamente la fábrica cerebral de la mente y el comportamiento hace falta considerar su **contexto cultural y social**, [...] (p. 288) (resaltado mío).

Atendiendo a una visión amplia del heterogéneo desarrollo del psicoanálisis contemporáneo en general, que esta postura del psicoanálisis argentino inspirada por Pichon Rivière fuera, en cierta medida, pionera en el pensamiento psicoanalítico, y luego más extendido en el tiempo y en la geografía, puede asimismo recabarse en la opinión autorizada de Jay Greenberg, un autor psicoanalítico ‘relacional’ norteamericano contemporáneo quien, refiriéndose especialmente a un trabajo de J. Bleger (1969) titulado *Teoría y práctica en psicoanálisis: paxis psicoanalítica*, pero reconociendo en Pichon Rivière a su mentor, afirma:

[...] produce asombro en su **anticipación** de las más importantes controversias que han preocupado a los pensadores analíticos trabajando a lo largo de **todas las regiones geográficas** y dentro de **todas las tradiciones teóricas**. [...] (2013, p. 1) (resaltado mío).

A fin de destacar con mayor precisión la diferencia de estos pensadores con la concepción tradicional del hombre mencionada al principio, es justamente J. Bleger, quien enuncia en forma explícita el sesgo “individualista” propio de esa psicología y del psicoanálisis tradicional, en su militante crítica al ‘hombre aislado’, el ‘hombre natural’ y el ‘hombre abstracto’, para luego afirmarse y definirse en su convencida postura ‘colectiva’, ‘dialéctica’ e ‘histórica’ del ser humano cuando enuncia:

[...] todos los fenómenos humanos son, indefectiblemente, también sociales [...] **porque el ser humano es un ser social**. Más aún, la psicología es siempre social, y con ella se puede estudiar también a un individuo tomado como unidad, [...] (1963, p. 47-8) (resaltado mío).

Se entiende entonces que para este autor la psicología ‘individual’ como disciplina es solo un recorte, más metodológico que ontológico, de una psicología colectiva.

Tampoco Freud dejó de vislumbrar esa misma postura cuando en 1921 escribe:

Tenemos que inferir que la psicología de la masa es la psicología **más antigua** del ser humano; **lo que hemos aislado** como psicología individual, dejando de lado todos los restos de la masa, se perfiló más tarde, poco a poco, y por así decir **solo parcialmente** a partir de la antigua psicología de la masa. (resaltado mío) (1921, p.117).

Este mismo párrafo de Freud es el que Pichon Rivière (1971) rescata, por una parte, y cuestiona, por la otra, cuando afirma:

Pese a percibir la falacia de la oposición dilemática entre psicología individual y psicología colectiva, su apego a la “mitología” del psicoanálisis, la teoría instintivista, y el desconocimiento de la dimensión ecológica, le impidieron formularse lo vislumbrado, que **toda psicología, en un sentido estricto, es social.** (resaltado del autor) (p. 173).

Por mi parte también podría agregarme a las objeciones de Pichon Rivière sin –asimismo– dejar de sorprenderme y admirar cuán cerca estuvo Freud de esta postura psicosocial, aunque sin llegar a alcanzarla. En este sentido es notorio reconocerle al creador del psicoanálisis –a favor de esta señalada cercanía– que a lo largo de toda de su monumental obra produjo siempre dos recorridos paralelos: por una parte, un andarivel de una psicología individual procesada teóricamente con el instrumental ‘positivista’ y el lenguaje ‘vectorial’ propio de la fisiología de su época; y por el otro andarivel, incursionó en la psicología colectiva a través de sus ricos e imperdibles trabajos ‘culturales’ y ‘sociales’, más humanísticos, aunque sin renunciar al rigor científico de su época; y, además señalar, también a favor del mencionado vislumbre psicosocial freudiano, cómo, a pesar del paralelismo mencionado, ambos andariveles repetidas veces se entrecruzan, e incluso se retroalimentan. En cambio, entre las objeciones a Freud, siempre con la finalidad de delinear más claramente las diferencias de visión con los autores que este trabajo resalta, pondría en discusión su cosmovisión individualista, que también calificaría de ‘tradicional’, en la que coloca siempre en términos de oposición a la pulsión contra las imposiciones socio-

culturales como aparecen muy definidas en *'El malestar en la Cultura'* (1930) y en *'Porqué la Guerra'* (1932); oposición que lo conduciría a deducir en última instancia –en forma algo lineal– que la 'dicha' del hombre está limitada por tales imposiciones; lo que podría llevar a una visión simplista y peligrosa, y al riesgo de auspiciar como meta el desenfreno pulsional en el plano individual y las posturas contestatarias en el plano ideológico. La realidad sociocultural, en mi propia concepción, y creo interpretar en ésta el pensamiento de los autores argentinos mencionados, no sólo restringe las necesidades pulsionales sino que las regula y las hace además posibles, transformadas en necesidades 'humanas'. El mundo sociocultural, creado y constantemente modificado por el hombre se le anticipa y deja su impronta en cada prematuro y precario neonato humano modificando drásticamente su dotación biológica instintiva. Del mismo modo en que es inconcebible imaginar a los peces fuera de su medio acuático natural es imposible concebir al hombre fuera de su medio sociocultural e histórico.

Psiquis y Realidad. Su articulador: El grupo interno

Pichon Rivière (1965, 1971) es bien contundente en afirmar su postura desde el título mismo de su artículo denominado *Implacable interjuego del hombre y el mundo*; ahí escribe:

El sujeto establece una relación dialéctica con el mundo y transforma las cosas, de cosas en sí, en cosas para sí. A través de una praxis permanente, en la medida en que él se modifica modifica el mundo, en un movimiento de permanente espiral (p. 340).

Esta condensada frase, que contiene lo esencial de la postura pichoneana sobre su concepción del hombre y su consecuente relación con el mundo (la realidad), toma una franca distancia de la postura monádica-vectorial antes mencionada de Freud e, incluso de la objetal de M. Klein; ambas sujetas en última instancia a la noción de 'pulsión' y, al fin de cuentas, 'monádicas' e 'intrapsíquicas'. Y, de paso, esta visión también repercute en la forma de plantear el 'conflicto', tanto a nivel individual como colectivo. Como ya se ha mencionado en el párrafo anterior, a la concepción clásica del 'conflicto psíquico', entendida en términos de la cultura (realidad) como limitante de la pulsión, se opondría la idea de que el conflicto es inherente e inevitable a la vida del hombre en su ecosistema: la sociedad y la cultura; éstas –insisto– creadas por el

hombre, son intrínseca y obligadamente imperfectas y solo pueden aspirar asintóticamente a ser perfectibles. Por consiguiente, tanto el ‘malestar en la cultura’ como el ‘infortunio ordinario’, es decir el conflicto, tanto en el plano colectivo como en el plano individual es inextinguible y los equilibrios son siempre precarios. En torno a esta postura en relación al tema del conflicto se podría citar a David Liberman (1976) cuando sostiene que:

El equilibrio mental puede considerarse como un **equilibrio inestable** que puede llegar a perturbarse como efecto de alteraciones que ocurren **dentro de las redes comunicativas en las que interactúa** un individuo dado y también el lugar de origen de la perturbación puede consistir en una perturbación intrasistémica. (p. 53) (resaltado mío).

Este salto en la visualización del hombre y de la realidad de este influyente sector del pensamiento psicoanalítico argentino conlleva a la necesidad de un diseño de modelo de aparato psíquico que dé cuenta de esta concepción colectiva (socio-cultural-histórica) y ‘vincular’ del hombre y que admita sin forzamiento su interacción dialéctica con “*las redes comunicativas en las que interactúa un individuo*”, es decir con ‘la realidad’ humana. Y este modelo es la noción de ‘grupo interno’ que Pichon Rivière introduce –se podría decir– casi subrepticamente, dado que no dedica más que dispersas menciones a él a lo largo de toda su obra escrita. Una de las citas más explícitas se halla en su colección *Del Psicoanálisis a la Psicología Social* (1971) en el ya mencionado artículo titulado: ‘*Freud: Punto de partida de la Psicología Social*’; allí dice: “[...] se trata de relaciones sociales externas que han sido internalizadas, relaciones que denominamos vínculos internos y que reproducen en el ámbito del yo relaciones grupales y ecológicas [...]”, y propone los conceptos de vínculo y grupo interno que define:

Estas estructuras vinculares que incluyen al sujeto, el objeto y sus mutuas interrelaciones, se configuran sobre la base de experiencias precocísimas [...]. Asimismo, toda vida mental inconciente, es decir, el dominio de la fantasía inconciente, debe ser considerada como la interacción entre los objetos internos (grupo interno) en permanente interrelación dialéctica con los objetos del mundo exterior. (p. 172).

Atendiendo a la carencia de un desarrollo pormenorizado de este modelo de aparato psíquico, en mi trabajo mencionado más arriba (Arbiser, S., 2001)

he tratado de centrarme y sistematizar esta pieza teórica que considero clave del pensamiento de Pichon Rivière: la noción de grupo interno, que, por mi parte sintetizo así:

El grupo interno es una manera de visualizar y conceptualizar en un sentido funcional el psiquismo humano en términos de un repertorio de estructuras vinculares organizadas en una unidad que las hace coherentes (en el mejor de los casos). Estas estructuras vinculares están en permanente intercambio de retroalimentación con las estructuras vinculares del mundo externo circundante presente. Fueron incorporadas durante el desarrollo evolutivo y reproducen refractado en el mundo interno el mundo social y cultural propio de cada sujeto. La infinita variedad de historias personales determina la singularidad con que cada sujeto decodifica y procesa los universales sociales y la herencia cultural. (p. 113).

La realidad en ‘la situación analítica como campo dinámico’ y la ‘definición operativa de la transferencia’

Este, para entonces, original enfoque del psicoanálisis también repercute en la concepción del dispositivo terapéutico psicoanalítico como lo explicitan M. y W. Baranger en su libro *Problemas del campo psicoanalítico* (1960), especialmente en el capítulo titulado ‘La situación analítica como campo dinámico’. Allí escriben:

[...] todos estos factores (se refieren al tema de la contratransferencia tal como lo introdujo Heinrich Racker [1960]) implican un concepto muy distinto y mucho más amplio de la situación analítica, donde el analista interviene —a pesar de su necesaria ‘neutralidad’ y ‘pasividad’— como integrante de parte completa. La situación analítica tiene por lo tanto que formularse no como situación de **una persona frente a sí misma sino como una situación de dos personas indefectiblemente ligadas y complementarias mientras está durando la situación, e involucradas en el mismo proceso dinámico**. Ningún miembro de esta pareja es inteligible dentro de la situación sin el otro (p. 129). (resaltado mío)

También David Liberman (1976,) propone lo que denomina ‘definición operativa de la transferencia’ que enuncia así:

[...] la evolución de los procesos psicoanalíticos me han puesto ante la evidencia de que, si bien el analizando, por sus ‘series complementarias’ trae al análisis cierta disposición a desarrollar determinadas transferencias y no otras, es en el ámbito en el que se desarrolla la sesión, unido a las características personales del terapeuta y al esquema referencial con el cual el paciente es abordado lo que decidirá en última instancia, las direcciones posibles del proceso analítico. (p.40).

Lo que M. y W. Baranger afirman acerca del analista que funciona *como integrante de parte completa* se traduce en D. Liberman como *el ámbito en el que se desarrolla la sesión, unido a las características personales del terapeuta y al esquema referencial con el cual el paciente es abordado*. En este último autor se puede, además, destacar su visualización de las series complementarias como un repertorio potencial de vínculos, cosa que anticipa, en tanto repertorio, su pensamiento acerca de los ‘estilos’; en los primeros –los Baranger– en cambio, se enfatiza la sujeción de ambos miembros de la pareja analítica a un mismo campo dinámico. Pero en ambas posturas queda bien claro que el analista no es un operador impersonal –un mero espejo– sino una persona de la ‘realidad’ con todas sus singularidades que interactúa con su paciente; obviamente interacción debidamente acotada por el encuadre, sin omitir la “*neutralidad*” y “*pasividad*” que resguardan el objetivo terapéutico.

Realidad perceptual y lectura de la realidad. Acerca del ‘juicio crítico’

La ‘realidad perceptual’ se refiere a la realidad que el organismo humano registra a través de los sentidos y que puede ser consensuada por todos aquellos que lograron evolutivamente acceder al ‘examen de la realidad’, es decir, al ‘yo realidad definitivo’, luego de partir del ‘yo realidad primordial’ y atravesar el ‘yo de placer purificado’ (Freud, 1911, 1915, 1925). En cambio, la ‘lectura de la realidad’ implica la significación personal que esa mencionada realidad perceptual tiene para cada individuo; o, dicho en otros términos, cómo esa realidad es decodificada por cada sujeto. Freud en el citado trabajo sobre La Negación (1925) también hace esta misma diferenciación entre realidad perceptual y lec-

tura de la realidad cuando deslinda lo que denomina ‘juicio de existencia’ del ‘juicio de atribución’. En términos de la segunda tópica Freudiana, como puede apreciarse, la realidad perceptual está vinculada preponderantemente a la funcionalidad yoica y, en cambio, la lectura de la realidad es tributaria mayormente del funcionamiento y características del superyo-ideal del yo. Y, por lo tanto, en la antes mencionada decodificación y consiguiente interpretación de la realidad entran en juego, por una parte, las series complementarias, es decir la historia singular de cada sujeto, lo que puede llamarse el eje diacrónico, y por la otra, las vicisitudes del campo social actual, que incluyen las ideas dominantes de cada época y los códigos éticos y estéticos explícitos e implícitos de cada grupo de pertenencia, es decir, el eje sincrónico (términos prestados de la Lingüística Estructural de F. de Saussure). En el pensamiento de Pichon Rivière es precisamente este último factor, el contexto social entendido como “campo dinámico” (K. Lewin, 1958), el prioritario, y el que adquiere una fuerte y decisiva influencia en este juicio de atribución. Esto está en concordancia con la concepción grupal y social del hombre que, en beneficio de la coherencia teórica, impuso la necesidad de crear los conceptos de “emergente” y “portavoz”; conceptos que surgieron de los estudios y la teorización de los ‘grupos operativos’ (Pichon Rivière, 1971, [1960]). Extendiendo esta concepción a la magnitud social, se podría afirmar que el pensamiento de cada sujeto no es, como suponemos, totalmente propio y autónomo sino que, en gran medida, dicho sujeto es, en un algún sentido, el portavoz de su grupo de pertenencia. Extremando en este mismo sentido son impresionantes y confirmatorios los experimentos de S. Asch (P. Watzlawick, 1979, p. 96 y siguientes)² sobre los efectos de la opinión grupal sobre el individuo, incluso en lo que atañe a la “percepción”, demostrando palmariamente el poder persuasivo de la presión del grupo. Como puede desprenderse de este experimento son solo una minoría aquellas personas que pueden diferenciarse de las ideas dominantes de su época y de su entorno a través de su ‘juicio crítico’. Y el juicio crítico personal no es moneda corriente ni mayoritaria, dado que requiere la habilidad y la voluntad de transitar el difícil y

² Se les muestra en tablillas a un conjunto de personas varias líneas de distinta longitud para que señalen las diferencias entre ellas, y a medida que el experimento va continuando todos los miembros del conjunto, excepto uno que es el objeto de dicho experimento, dan con toda convicción una información deliberadamente equivocada. El sujeto -objeto del experimental principio perplejo, tiene que decidir entre la opinión (secretamente confabulada) del grupo y la propia percepción; y en un alto porcentaje desmiente su propia percepción y termina consintiendo con la equivocada del grupo.

estrecho sendero que permita eludir, tanto las posturas meramente iconoclastas y contestatarias, por una parte, como las de la cómoda ‘complacencia’ de seguir al rebaño, por la otra. A título evocativo sugiero recordar los fenómenos de las ‘masas’ estudiadas a partir de la revolución francesa por Le Bon, y que Freud cita en su *Psicología de las masas y Análisis del yo* (Freud, op. Cit) en un extremo, y en el otro, a los grandes creadores y pensadores que se adelantaron a su época a través de la audacia de y fidelidad a su juicio crítico; por nombrar solo a uno entre muchos, destacaría la conmovedora historia de Baruch Espinosa, un prometedor “buen judío” que denunció –producto de su enorme portentoso talento y extraordinaria erudición– las flagrantes contradicciones de la Torah que pasaban y aún pasan desapercibidas para las mayorías– y que le valieron el Herem (excomuniación) y la maldición de su comunidad (De Silveira, P. 1997). Entre ambos extremos es precisamente por donde circulan gran parte de los hombres. Concluyendo y, en términos muy amplios, las personas somos inevitablemente un emergente de un contexto geográfico e histórico, y sólo el juicio crítico mencionado nos permite alguna posibilidad de diferenciarnos en mayor o menor medida de la masa colectiva, diferenciación que nos conduciría, en el mejor de los casos, a una ‘adaptación activa a la realidad’.

Adaptación a la realidad

Atendiendo a la definida postura antes mencionada de Pichon Rivière cuando enuncia que “...*el sujeto establece una relación dialéctica con el mundo...*”, no es de extrañar que sus concepciones acerca de la ‘salud’ y la ‘enfermedad’ estarán asociadas a las vicisitudes de la relación de dicho sujeto con la realidad humana que lo rodea. Y estas vicisitudes son esquematizadas por él, a grandes rasgos, en cuatro amplias categorías; a saber: ‘adaptación activa a la realidad’, ‘adaptación pasiva a la realidad’, ‘inadaptación pasiva a la realidad’ y finalmente, ‘inadaptación activa a la realidad’.

La adaptación activa a la realidad el mismo autor la define cuando enuncia que “[...] (el sujeto) transforma las cosas, de cosas en sí, en cosas para sí. A través de una praxis permanente, en la medida en que él se modifica modifica el mundo, en un movimiento de permanente espiral” (p. 340). Puede reconocerse en esta definición varios términos a destacar: ‘la transformación’, ‘la praxis’ y en la noción de ‘espiral’ a los fines de construir la realidad humana, la de “*las cosas para sí*” a partir de “*las cosas en sí*”. En el término transformación se denota el curso de los movimientos evolutivos tanto de la realidad humana como de

la función y capacidad transformadora de la mente humana. La praxis involucra el aprendizaje por la experiencia misma (recordar la frase de Bion [1966] que da el título a su libro *'Aprendiendo de la experiencia'*). En tanto el espiral experiencial se opone al monótono círculo de la repetición. Más escuetamente: experiencia vs. repetición.

Esto, a su vez, coincide en gran medida, con la postura que Freud adopta en su trabajo de 1924 (p. 195) cuando diferencia la conducta aloplástica de la autoplástica, términos que J. Strachey adjudica conjeturalmente a Ferenczi:

Llamamos normal o 'sana' a una conducta que aún determinados rasgos de ambas reacciones: que, como la neurosis, no desmiente la realidad, pero, como la psicosis, se **empeña en modificarla**. Esta conducta adecuada a fines, normal, lleva naturalmente **a efectuar un trabajo que opere sobre el mundo exterior**, y no se conforma, como la psicosis, con producir alteraciones internas; ya no es autoplástica, sino aloplástica (resaltado mío).

El cuanto a la "adaptación pasiva a la realidad", Pichon Rivière incluye a las neurosis en un sentido amplio. También cabría agregar en esta categoría, incluso como su paradigma, a las "personalidades sobreadaptadas" que describe David Liberman (1982), personalidades que, según este autor, tienen gran propensión a las incidencias psicósomáticas.

La "inadaptación pasiva a la realidad", comprende –nuevamente en términos muy generales– a los pacientes psicóticos, es decir a aquellos casos en que el desvalimiento los margina del contacto con la realidad, y que ese desvalimiento los condena a requerir ser –de alguna manera– asistidos por agentes que les permita su supervivencia en dicha realidad.

La 'inadaptación activa a la realidad', Pichon Rivière las refiere a la psicopatía, aunque sería más atinado y actual, incluir en esta categoría a aquellas 'personas de acción' que de alguna manera desarrollaron la habilidad para 'usufructuar' la realidad de muy diversas maneras.

Como se desprende de lo recién mencionado, insisto en que no se trata de una exhaustiva clasificación psicoapatológica, sino sólo de una orientación en amplias categorías, que tienen como parámetro central de referencia el tipo de relación del paciente con la realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arbiser, S. (2001). El Grupo Interno. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*, (4), 97-114.
- Arbiser, S. (2003). Psiquis y Cultura. *Psicoanálisis*, 25(1), 193-206.
- Arbiser, S. (2013). *El grupo interno: psiquis y Cultura*. Buenos Aires: Biebel.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1969). *Problemas del Campo Psicoanalítico*. Buenos Aires: Kargieman.
- Bleger, J. (1963). *Psicología de la Conducta*. Buenos Aires: Eudeba.
- Damasio, A. R. (1996). *El error de Descartes: la razón de las emociones*. Barcelona: Andrés Bello.
- Da Silveira, P. (1997). *Historias de filósofos*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Freud, S. (1979[1911]). Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico. En: *Obras Completas* (Vol. 12, pp. 217-232). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979[1915]). Pulsiones y destinos de pulsión. En: *Obras Completas* (Vol. 14, pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979[1921]). Psicología de las masas y análisis del yo. En: *Obras Completas* (Vol. 18, pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979[1924]). La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis. En: *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 189-198). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979[1925]). La Negación. En: *Obras Completas* (Vol. 19, pp. 249-258). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979[1930]). El malestar en la Cultura. En: *Obras Completas* (Vol. 21, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979[1932]). ¿Por qué la guerra?. En: *Obras Completas* (Vol. 22, pp. 179-182). Buenos Aires: Amorrortu.
- Greenberg, J. (2013). Comentario sobre 'Teoría y práctica en psicoanálisis: la praxis psicoanalítica' de J. Bleger. *Libro Anual de Psicoanálisis*, 28, 119-128.
- Lieberman, D. (1976). *Comunicación y psicoanálisis*. Buenos Aires: Alex.
- Lieberman, D., Grassano de Piccolo, E., Neborak de Dimant, S., Pistoriner de Cortiñas, L. y Roitman de Woscoboinik, P. (1982). *Del Cuerpo al Símbolo*. Buenos Aires. Kargieman.

- Lewin, K. (1958). Teoría del Campo y Experimentación en Psicología Social. *Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología*, (10), 115-141.
- Pichon Rivière, E. (1971). *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Buenos Aires: Galerna.
- Racker, H. (1960). *Estudios sobre Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Watzlawick, P. (1979). *¿Es real la realidad?* Barcelona: Herder.